

DONATELLA DI CESARE, *Marranos. El otro del otro*, Gedisa, 2019, 140 pp. ISBN: 978-84-17690-70-0.

Donatella Di Cesare es profesora de Filosofía teórica en la Universidad de Roma La Sapienza, se ha especializado en fenomenología y en hermenéutica filosófica y es autora de múltiples obras entre las que destacan *Gadamer: A philosophical Portrait* (Indiana, Indiana University Press, 2013), *Sulla vocazione politica della filosofia* (Torino, Bollati Boringhieri, 2018) o *Heidegger y los judíos* (Barcelona, Gedisa, 2017), en la que, a propósito de la publicación de los *Cuadernos negros* heideggerianos, defiende que esta publicación nos obliga a releer a Heidegger desde una perspectiva diferente, llegando a defender la existencia de un antisemitismo metafísico en el seno de *Ser y tiempo*.

En *Marranos. El otro del otro*, Di Cesare busca trasladar el concepto de “marrano” del ámbito histórico al filosófico, con la intención de hacer del “marrano” un concepto filosófico fundamental para entender la modernidad misma: “Reflexionar sobre el marranismo sin condenas ni apologías, considerando su sentido complejo y articulado volviendo a recorrer sus singulares sendas, significa sondear a fondo la modernidad” (p.11). De esta manera, los marranos, esto es, “aquellos judíos que, en la península ibérica y los dominios españoles, se vieron forzados a convertirse al cristianismo para zafarse del exilio o de la muerte” (p. 9), se convierten en la figura inicial de la modernidad.

Di Cesare defiende que la forzosa conversión del judío al cristianismo da lugar a una situación político-social tal que hace del marrano una figura única, a través de la cual se genera todo un pensamiento que dará lugar al pensamiento moderno. Todo ello, sin embargo, lo defiende Di Cesare a la par que argumenta que la modernidad no puede ser leída como un proceso histórico armonioso y unitario. La figura del marrano sirve para acercarse “no a una modernidad bien avenida y armoniosa, sino atravesada por una irremediable disonancia” (p. 15).

El subtítulo del libro ya destaca el núcleo teórico de la elevación de la figura del marrano a categoría filosófica: el marrano es *el otro del otro*. Con esta expresión, Donatella Di Cesare busca dar cuenta de que con el marrano se inaugura una nueva manera de concebir la alteridad. Si, hasta el momento, el judío había sido el “otro” a ojos de los cristianos y se había visto excluido y confinado en guetos, el marrano, pese a su forzada conversión al cristianismo, sigue siendo visto como el “otro”. Se trata ésta de una alteridad paradójica, el marrano será el “otro” a ojos del cristiano, pero esta alteridad ya no puede ser concebida de la misma manera. Mientras que el judío representaba una alteridad exterior, que queda fuera de la comunidad cristiana, el marrano es una alteridad que se da en el seno mismo de tal comunidad:

El marrano fue, pues, el otro interno. Obligado a una emigración interior siguió siendo, pese a todo, diferente, inasimilable, y heredó la alteridad del judío. Y, sin embargo, judío ya no era, sobre todo a ojos de los judíos. La nueva alteridad del marrano no fue, pues, sólo interna. Ya respecto al judío, el otro por excelencia, el marrano se convirtió en el otro del otro. (p. 44)

Si bien es cierto que muchos judíos se convirtieron al cristianismo de una manera total, otros muchos persistieron en su judaísmo en el ámbito privado. Esto genera, a ojos de Di Cesare —quien, a su vez, se apoya en *La cuestión judía* de Marx— la separación entre la esfera pública y la esfera privada, originando una de las dicotomías fundamentales de la modernidad política.

Además de todo lo mencionado, la interioridad de la alteridad del marrano no se agota en su significado político-social, sino que alcanza el ámbito de la identidad propia. La continua sospecha que se cierne sobre la figura del marrano le obliga a apostar por una religiosidad íntima, reducida al ámbito privado y obligada al disimulo.

Es justamente en el disimulo del marrano donde encuentra Di Cesare otra de las categorías a partir de las cuales leer la modernidad. El disimulo genera una dualidad en la identidad marrana, que no encuentra ninguna tradición a partir de la cual entenderse y con la que identificarse de manera íntegra. Cristiano en el ámbito público, judío en el privado, el marrano escruta su propia interioridad, que encuentra fragmentada. Como consecuencia de ello, nuestra autora sostiene que el marrano, empujado por el disimulo, inaugura la introspección, que, a su vez, conduce a la liberación de la concepción de una identidad integral:

En el pasado, el individuo estaba inserto en una tradición cuyas ideas y costumbres adquiriría hasta que la identificación era completa; de ahí surgía la ilusión de una identidad integral. Si este lazo se rompe y recomponerlo parece artificioso, el sí se convierte en el foro interior reservado a una autoridad superior a cualquier convención: el espacio de la conciencia. Así nace la modernidad, cuyo preludeo es el marranismo. (p. 52)

La elevación de la figura del marrano a categoría filosófica encuentra aquí su justificación última. Si el “marrano” puede servir como concepto filosófico es justamente porque se encuentra directamente relacionado con el ámbito de la conciencia, con la imposibilidad de recurrir a ninguna tradición a la que apelar y a partir de la cual justificar la propia acción. En este sentido, podemos afirmar que para Donatella Di Cesare el marrano viene a constituir el sujeto moderno. Se trata este, sin embargo, un sujeto moderno diferente al que tradicionalmente nos referimos. No obstante, es en el marrano justamente donde verdaderamente encontramos un verdadero punto de ruptura respecto de la filosofía clásica. Si el sujeto moderno inaugura una nueva subjetividad en relación al pensamiento clásico, no se debe a la apelación a la conciencia, ni a haber inaugurado la introspección —pues son elementos constitutivos de la filosofía misma, tanto de la filosofía antigua, como de la filosofía moderna—, sino a la idea de que lo que uno se encuentra en la apelación a tal conciencia es la multiplicidad, la existencia de una identidad fragmentada que se aleja de la ilusión de una identidad integral.

Todo ello implica entender que el marranismo es “un fenómeno que no ha concluido todavía, como tampoco la modernidad se ha agotado aún” (p.11). Hacer del sujeto moderno un sujeto escindido, fragmentado, implica entender la hermenéutica y la postmodernidad filosófica como un capítulo más de la modernidad, tal y como muestra Di Cesare al subrayar el judaísmo marrano de Derrida: “Excluido-incluido, fuera-dentro, en el margen último, asediado por la ‘turba de la identidad’, Derrida no puede hacer otra cosa más que atestiguar la imposibilidad de una coincidencia del sí consigo” (p. 126). A su vez, es justamente la idea de que la modernidad aún no ha concluido lo que posibilita ver en esta no un proceso armonioso y unitario, sino uno atravesado por esa irremediable disonancia que mencionábamos antes.

Por todo lo dicho, Donatella Di Cesare sostiene que:

Una vez al descubierto, aquellos que se creían los últimos judíos se revelan como los primeros modernos. Un sí mismo escindido, la imposibilidad de una pertenencia plena y un extrañamiento constitutivo son el legado indeleble de los marranos. (p. 11)

Rubén Alepuz Cintas